ALFONSINA

CAPITULO PRIMERO

Libre examen

En sus *Pensamientos*, hace Alfredo de Vigny, esta confesión: «Se habla de la Fe. ¿Qué es, después de todo, esta cosa tan rara?—Una esperanza ferviente.—La he sondeado en todos los sacerdotes que decían poseerla, y no he encontrado más que eso. Jamás certeza.» Voltaire había dicho: «La Fe es la incredulidad sometida;» y el gran moralista Kant, declara á este propósito, con justa severidad, que «no hay hipocresía á la vez más absurda y más criminal, que esa hipocresía sutil por la cual, para ganar la gracia divina, se persuade uno á sí propio de que cree lo que en realidad no cree.»

Los sacerdotes siempre, y por ellos los creyentes en general, reciben un sistema hecho que puede satisfacer, así á los espíritus ardientes y místicos, como á los débiles y dóciles y aún indiferentes: un Dios que ha creado al mundo y que lo gobierna; un alma inmortal, que, en otra vida

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

sin fin será recompensada ó castigada según sus méritos; misterios, provinientes, en su mayoría, de las más antiguas tradiciones de la especie humana, tales como la Trinidad (1), la Encarnación (2), la Redención (3), la Eucaristía (4),

(1) Como la *trimurti* india de Brahama, Siva y Vischnú, «que personifica las dos formas de la existencia universal: creación, destrucción, renacimiento.» (E. Quinet); como la otra trinidad india de Buda, Darmas y Sangas; como la más antigua védica de Savistri, Maya y Vayú (por Savistri, en el seno de la virgen Maya y por la operación de Vayú, el viento, nació Agni, el fuego celeste); como las trinidades caldeas de Anu, Bel y Uah, de Sim, Samas y Bin; como la persa de Ormuzd, Ariman y Mitra, mediador esperado este último entre el ángel del bien y el ángel del mal; como las egipcias de Ammon, Mulh y Khons, de Osiris Isis y Horus, de Chnupis, Sati y Anuke; como la de los druidas; como la de Platón; como las *tres figuras* de Aristóteles, el principio, el medio y el fin, y «encontrando este número en la naturaleza, dice, lo aplicamos á muchas devociones hacia los dioses».—Es probable que la primera concepción de la trinidad haya procedido de la necesidad de unificar el cielo, la tierra y el conjunto de los seres, asimilándoles á una familia el padre, la madre y los nijos. Manú había dicho en sus leyes: «El hombre no es el hombre mientras no es triple, hombre-mujer-hijo.» Propiamente es la nueva Trinidad de los cristianos, según el dogma de la Inmaculada Concepción. No pudiendo ver en la *paloma* á una *persona* la han reemplazado por la Virgen madre.—«El Dios padre juzga á los hombres dignos de su venganza eterna; el Dios hijo los juzga dignos de su misericordia infinita; el Espíritu Santo permanece neutro. ¿Cómo poner de acuerdo ésta palabrería católica con la unidad de la voluntad divina?» (Diderot.)

(2) Como entre los bramanes, el *avatar* de Vischnú en el seno de la virgen Avany, y, entre los budistas, el de Kakia-Muni en el seno de la virgen Maya, fecundado por un rayo de la sabiduría eterna; como en China Fo-hi, el inventor de la escritura, nacido de una virgen que lo concibió andando sobre las huellas de Dios, ó Lao-tseu, el Doctor, parido por la virgen azul; como en Siám, el Dios Sammonocodom, hijo también de una virgen, criado en una flor; como en el antiguo Méjico de dos gemelos puestos en el mundo por la

á las cuales se añade la Fe, precisamente á la manera de san Agustín, *quia absurdum* (5); milagros, desde el de Josué deteniendo la marcha del sol ó el de Jesús resucitando á Lázaro; hasta el de santa Apolonia cuya oración cura el dolor de muelas ó los de Lourdes y de la Saleta, que curan todos los males; sacramentos que ocupan la vida entera, desde el bautismo á la extremaunción, pasando por la confirmación y el matrimonio; en fin, en torno del hombre, los ángeles y los demonios, las leyendas del paraíso, del purgatorio y del infierno. Este sistema es completo; es cómodo, ahorra la fatiga de pensar. Es

virgen Teteo-inan; como en el antiguo Egipto, el buey Apis, nacido de una ternera fecundada por el rayo.

(3) «Dios que hace morir á Dios para calmar á Dios.» (Diderot.) «Dios bueno ha hecho morir á Dios inocente para satisfacer á Dios justo.» (Guarin de Vitry.)

(4) No solamente un Dios en un pan, sino un Dios en lugar del pan; cien mil migas de pan convertidas en un instante en cien mil dioses, y esta muchedumbre innumerable de dioses haciendo un solo Dios... Vino cambiado en sangre, y que tiene el gusto de vino; pan cambiado en carne y que tiene el gusto del pan... Curas, frailes, que saliendo de un lecho incestuoso y no habiéndose aún lavado las manos mancilladas por mil impurezas, van á fabricar dioses por centenares, á comer su Dios, á digerir su Dios.» (Voltaire.)

(5) Y á la manera de Tertuliano: *Certum quia imposibile.* Celso había dicho de los cristianos: «Estas gentes se contentan con responder: «No examinéis, creed solamente,» y Juliano el filósofo les decía: «Toda vuestra sabiduría consiste en repetir estúpidamente: creo.» Anselmo de Canterbury añade: «No busco comprender para creer, sino que creo para comprender.» Y Pascal, en fin: «Haced como los que creen; naturalmente esto os hará creer y os abestiará.»

la *religio pigrorum* de Kant. Los creyentes la han aprendido, la enseñan, la conservan y creen creer.

Debemos examinar.

Por otra parte, en los dos siglos pasados y en el presente, por la *Profesión de fe del Vicario Saboyano* y por la *Religión natural* de nuestro digno amigo Julio Simón, los filósofos espiritualistas han formulado una vasta enmienda del cristianismo oficial. Aunque religiosos, se han revelado sinceros, razonables, tolerantes, humanos. Han rechazado resueltamente todas las supersticiones, todos los *absurdos*. No han conservado otras creencias positivas que las de un Dios eterno, todopoderoso, creador y gobernador de los mundos, y de un alma inmortal, dotada de libres arbitrios, que, en otra vida, será recompensada según sus obras (6). De esas creencias fundamentales hacen nacer una moral pura, sabia, humana, capaz de consolar y de satisfacer la vida; y muy dichosa paréceme sería la humanidad si, en su necesidad imperiosa de una religión cualquiera, ó, si se quiere, el sen-

(6) «Creo, dice Julio Simón, que Dios es mi creador; creo que, durante esta vida, cumplo ante su vista la misión que me ha confiado, y creo que me espera, al final de mi vida, para recompensarme ó castigarme. He aquí mi fe.» Tal es precisamente la de Rousseau, que, de todas maneras, es mucho menos afirmativo acerca de las recompensas y de las penas. En esto vacila, duda, se abstiene.

timiento natural de su dependencia respecto de lo eterno y de lo infinito, abrazara ese culto depurado del simple deísmo.

En efecto, según Manuel Kant, si las religiones positivas tienden á absorber la moral en el culto, la religión natural, por el contrario, tiende á absorber el culto en la moral.

Convengo en ello de buen grado.

Pero Aristóteles afirma que «la incredulidad es la fuente de toda sabiduría», y Diderot dice que «es el primer faro hacia la filosofía»; san Pablo quiere que la obediencia sea razonada, *rationabile sit obsequium vestum;* Descartes quiere también «no admitir en su creación nada que no parezca claro y evidentemente ser verdadero; al decir de Channing, el piadoso apóstol de los Unitarios, «el hombre cree lo que puede, no lo que quiere; debe interrogar la razón que Dios le ha dado»; la razón, «esta parienta de Dios» (Filón), «esta *domina omnium et regina ratio*» (Cicerón), «esta luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo» (Abelardo, según san Juan), «esta *illustratio Dei*» (santo Tomás de Aquino), «esta escrutadora general de lo que hay dentro y fuera de la bóveda celeste» (Montaigne); «la razón, que es yo mismo, y de la cual no puedo abdicar sin suicidio» (Proudhon). Y nuestros espiritualistas dicen á su vez

gallardemente: «Preferimos el error libremente buscado, que la verdad servilmente adoptada» (Pablo Janet).

Por lo tanto, examinemos; y, haciendo mentir una de las tristes máximas de La Rochefoucauld, «tengamos esta vez bastante fuerza para seguir toda nuestra razón».

¿Se clamará tal vez contra la impiedad? Entonces diré con Diderot: «El cristiano es impío en Asia, el musulmán en Europa, el papista en Londres, el calvinista en París. ¿Qué es, pues, un impío? ¿Lo es todo el mundo ó nadie?»

CAPITULO II

La Creación

Mientras los hombres han creído que su pequeño planeta era el centro del mundo, y que en la tierra inmóvil — llana se redondeaba un firmamento sólido (7) donde viajaban alternativamente los dos *luminaria magna* del Génesis para alumbrarles de día y de noche, se comprende que hayan podido creer en la creación tal como la relata el primero de los libros que llevan el nombre de Moisés. A pesar de la fórmula «y fué día y fué noche», que separa cada acto del Creador, los seis días, que pueden ser seis edades (como los seis períodos del Zend-Avesta, que forman, no una semana, sino los 365 días solares

(7) «He hecho la tierra como un mantel, y el cielo como una tienda por debajo.» (Salmos.)

«Y Gea (la tierra) produjo primero á Uranos el estrellado (el cielo), igual á ella, á fin de que la cubriera toda entera.» (Hesíodo.)

«Contempla ¡oh, Memmio! el cielo cuyo abrazo envuelve la tierra.» (Lucrecio.)

«Dios os ha dado la tierra por base y el cielo por edificio.» (Korán.)